

Travesía interminable

Travesía interminable
Primera edición, 2019

Texto
© Adam Skolnick, Antonio Argüelles

Fotografías
© Pablo Argüelles Cattori
© María Paula Martínez Jáuregui Lorda
© Paulo Nunes dos Santos
© April Wong

Editor
Franco Bavoni

Coordinadora general
Karina López

Director creativo
Ramón Reverté

Traductor
Franco Bavoni

Cuidado de edición
María Teresa González

Diseño
HILL Strategic Brand Solutions – Houston, Texas

© 2019 Editorial Reverté, S.A.
Calle Loreto 13-15, local B
08029, Barcelona
Tel.: (+34) 93 419 3336
reverte@reverte.com
www.reverte.com

ISBN: 978-84-291-6461-9

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores.

Impreso en México por Intelli Impresores
Alemania 19-1, colonia Independencia, 03630
Ciudad de México

Agosto de 2019

Travesía interminable

ANTONIO
ARGÜELLES



EDITORIAL
REVERTÉ

Nadar me producía un gozo enorme, una sensación de bienestar tan extrema que en ocasiones se convertía en una especie de éxtasis. Había un compromiso total con el acto de nadar, con cada brazada, y al mismo tiempo la mente podía flotar libremente, fascinarse en un tipo de trance. Nunca conocí algo tan poderoso, tan sanamente estimulante, y estaba enciciado, todavía lo estoy, y me irrito cuando no puedo nadar.

OLIVER SACKS

Prólogo

Usted, apreciado lector, está a punto de iniciar un recorrido fascinante. Gracias a este libro, podrá acompañar a Antonio Argüelles en un periplo asombroso que muy pocos seres humanos se han atrevido a intentar y sólo seis antes que Antonio han completado: cruzar a nado siete estrechos ubicados en siete distintos mares.

Una hazaña. Una proeza ambiciosa. Una aventura que linda en lo descabellado y que implicó nadar continuamente, en la travesía más corta, la del estrecho de Gibraltar, de 14.4 kilómetros, más de cuatro horas, y en la más larga, la del canal de Kaiwi, de 45 kilómetros, durante prácticamente un día completo. La gesta supuso tolerar aguas más gélidas de lo que, según los que saben, puede soportar el cuerpo humano, además de privarse del sueño durante larguísimas jornadas mientras se hallaba sometido a intensa actividad física. Por si fuera poco, Antonio completó este sueño a la madura edad de 58 años, más que ningún otro de quienes antes lo realizaron.

Usted, lector atento, disfrutará de una detallada, amena y a veces escalofriante crónica de los pormenores de cada uno de los cruces a brazadas en cada uno de los Siete Mares, pues sucede que Toño, además de ser buen nadador es buen narrador —su excelente colaborador en este texto, Adam Skolnick, no me dejará mentir—.

Me imagino, lector sensible, que usted sufrirá —como a mí me sucedió— en los muchos momentos difíciles, algunos casi trágicos, que el protagonista de esta aventura vivió al cubrir tan largas distancias en aguas abiertas e inhóspitas. También se regocijará con admiración al leer de sus arribos triunfantes en los estrechos conquistados, después de haber superado episodios que pusieron a prueba su capacidad física, su entereza y su voluntad y de que supo encontrar la fuerza para no darse por vencido y seguir nadando para superar, literalmente, las corrientes más adversas, hasta tocar la ansiada orilla.

Además, usted, empeñoso y curioso lector, acompañará a Antonio en el descubrimiento de la geografía, la cultura y la gente de los lugares que lo acogieron generosamente en cada una de las etapas de su proeza. Una parte muy importante de la historia que aquí se nos obsequia es lo que ha debido hacer el protagonista antes, mucho antes, de iniciar cada uno de sus siete exitosos nados. Tanto como en estos admirables logros de la voluntad y del esfuerzo físico, Antonio nos da una muy importante lección de vida cuando nos cuenta cómo tuvo la idea y decidió llevar a término estas siete epopeyas; cómo formuló un plan para prepararse y cómo lo cumplió paso por paso, con firme disciplina. En el camino, al contar estas cosas, Antonio nos lleva a conocer singulares circunstancias, ilusiones y vicisitudes de su infancia, juventud y madurez.

Otra gran lección está en la manera en que Toño reconoce la importancia de las personas que lo han motivado, entrenado y respaldado en sus extraordinarios emprendimientos deportivos. Nos transmite con sinceridad, gratitud y humildad que sus éxitos lo son también de esas otras personas, mensaje que no es poca cosa en esta época de abominables narcisismos e individualismos.

Sin vacilación, sumérjase el entusiasta lector en las muy especiales travesías de Antonio Argüelles, porque le aseguro que mucho las disfrutará.

DR. ERNESTO ZEDILLO

Universidad de Yale

Dedicatoria



Shirley y Bill Lee, quienes me adoptaron y trataron como un hijo más, y cuyo cariño y generosidad nunca olvidaré. La oportunidad que me dieron fue un parteaguas en mi vida y el origen de esta travesía.

— LOS SIETE MARES —

2017
Canal del Norte

TIEMPO
13:32 HRS

DISTANCIA
35 KM

2016
Canal de Kaiwi

TIEMPO
23:18 HRS

DISTANCIA
45 KM

2017
Canal de Catalina

TIEMPO
14:27 HRS

DISTANCIA
32.3 KM

2015
Estrecho de Gibraltar

TIEMPO
4:23 HRS

DISTANCIA
14.4 KM

2017
Estrecho de Cook

TIEMPO
11:22 HRS

DISTANCIA
23 KM

2009
Canal de la Mancha

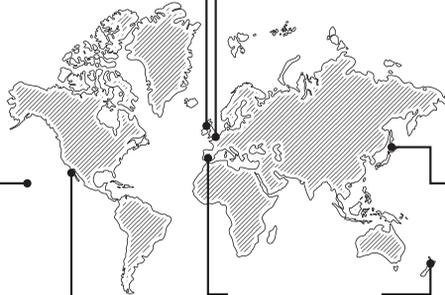
TIEMPO
12:54 HRS

DISTANCIA
33.5 KM

2015
Estrecho de Tsugaru

TIEMPO
12:38 HRS

DISTANCIA
19.5 KM



	Prólogo	6
	Sueño	13
1	El canal de la Mancha	19
2	Pasión	45
3	El estrecho de Gibraltar	79
4	Adaptarse	95
5	El estrecho de Tsugaru	125
6	De vuelta a casa	147
7	El canal de Catalina	167
8	A la deriva	185
9	El canal de Kaiwi	209
10	Incertidumbre	229
11	Catalina (de nuevo) y el estrecho de Cook	247
12	Controlar la mente	271
13	El canal del Norte	283
14	Disfruta el viaje	303

Bajo la luz

de la luna, la

lluvia o el sol

implacable,

nado, firmo

mi nombre en

la marea.

Sueño

Cuando todo marcha bien, puedo sentir su ritmo. La manera en que el mar sube y baja, mientras estiro el brazo derecho, luego el izquierdo, hasta mi límite físico. Mis piernas y mis pies se sacuden, y con su aleteo dibujan una estela que me sigue mientras cuento las brazadas que me impulsan hacia delante en medio de un abismo de tinta azulada.

Aun con un equipo de apoyo cerca, en el barco escolta, las horas se traslapan y empiezo a sentirme solo, a la deriva en el canal, a kilómetros de mi punto de partida, a kilómetros de la costa más cercana. Es un anhelo, una soledad hermosa. Bajo la luz de la luna, la lluvia o el sol implacable, nado, firmo mi nombre en la marea.

Los números me hacen compañía. Mi conteo de brazadas mantiene ocupado mi cerebro con una tarea monótona e interminable. A medida que empujo mi cuerpo, es útil entretener mi mente; necesario, incluso. Una mente desocupada es una bomba de tiempo, un desastre en potencia

cuando se suman el dolor y la incomodidad: se rebelará o hará corto circuito, como un país sin oportunidades.

¿No ansiamos todos tener un propósito? En los deportes de resistencia —en especial en la natación en aguas abiertas—, como en la política y la vida, la mayoría de los fracasos son producto de uno mismo. Así que alimento mi mente con números. Le entrego tareas insulsas hasta que renuncia a toda identidad y se unifica en torno a un solo propósito. Pierdo noción de mí mismo por completo.

Antes de comenzar un nado de larga distancia o después de terminarlo, una vez que he alcanzado el destino que mi equipo y yo imaginamos, y para el cual hemos trabajado durante años, hay un zumbido de inmediatez en el aire. Pero el nado en sí se siente tan elástico como un sueño sin un final discernible.

Un reloj en marcha hace tictac como ruido blanco que puedo escuchar incluso en esos momentos en que me entrego a la fantasía: dejo mi cuerpo y, como ave marina, vuelo lo suficientemente alto como para apreciar la escena en su totalidad y ver la verdad. Sin importar cuánto entrene o cuán fuerte me sienta, estoy a merced de la naturaleza. Soy un simple punto en una vasta extensión de agua oscura que se arremolina con corrientes guiadas por los vientos y que conecta o divide costas y personas.

Desde que era niño y viajaba en trolebús a las albercas de la Ciudad de México, cuya inmensidad me empequeñecía, nadar ha sido mi pasión, eso que he amado por encima de todo lo demás. En varios momentos de mi vida, la natación ha dado forma a todo mi ser. He perseguido sueños olímpicos. Nadé brevemente en la Universidad de Stanford en California. Y aunque durante mi vida adulta he trabajado en educación y

política, corrido maratones, hecho triatlones y escalado montañas, es al agua a donde siempre regreso. Porque no importa lo que esté sucediendo en mi vida, bueno o malo, en el agua siempre me siento libre.

Eso es lo que recordé en 2012, cuando las corrientes de la vida me remolcaron una vez más y desperté en una cama de hospital. De hablar acerca de escalar el Monte Everest en una comida, pasé, en un abrir y cerrar de ojos, a resbalar por las escaleras, intentar detener la caída con mi pie, sentir mi pierna doblarse y escuchar el crujido de mi fémur.

Durante los largos meses de recuperación, estaba aburrido y deprimido porque no podía moverme. Pasé seis semanas en casa sin poder salir y eso implicaba un periodo largo lejos del trabajo. Mi mente desocupada estuvo al borde de la rebelión y la implosión, hasta que me quitaron el yeso y volví a la alberca por primera vez en tres años. En tierra firme aún cojeaba, pero en el agua no tenía problemas para moverme. Cuanto más nadaba, mejor me sentía.

Un día, después de un nado estimulante en Sport City, mi gimnasio en la Ciudad de México, me encontré a una buena amiga que me habló de un nuevo desafío: los Siete Mares. Lo había concebido Steven Munatones, uno de los promotores y documentalistas de la natación en aguas abiertas más dedicados. Había creado un desafío sin precedentes de siete nadados en lugares con características geográficas distintas. Era la versión acuática de las Siete Cumbres, los puntos más altos en cada uno de los continentes y el sueño de todo alpinista de élite.

Cuando llegué a casa, me metí a internet a investigar. Mientras más leía acerca de los desafíos que conllevaba cada nado, más me entusiasmaba. El icónico canal de la Mancha,

de 33.5 kilómetros, estaba en la lista de los Siete Mares junto con el canal de Catalina, de 32.3 kilómetros. El más largo era el canal de Kaiwi, cuyos 45 kilómetros separan las islas de Oahu y Molokái en Hawái. El estrecho de Cook en Nueva Zelanda, de 23 kilómetros, era el cruce más al sur, y el estrecho de Tsugaru, en Japón, tenía 19.5 kilómetros y representaba al continente asiático. Con sus 14.4 kilómetros, el estrecho de Gibraltar entre España y Marruecos era el más corto. Cada uno de esos seis nados tenía su propia combinación de peligros, que incluían vientos fuertes, marejadas imponentes, tiburones, medusas y rutas de navegación transitadas, pero, al parecer, el canal del Norte, que separa Irlanda del Norte y Escocia por medio de 35 kilómetros de agua oscura y gélida, era el más frío, impredecible y difícil de todos.

16

La mera idea de nadar en distintas partes del mundo despertó algo dentro de mí. De pronto, mi mente dejó de estar letárgica y arisca; estaba particularmente enfocada. Me comprometí de lleno y entrenaba todos los días en la alberca. Cada fin de semana, nadaba durante horas en Las Estacas, un río fresco que se alimenta de un borbollón cerca de Cuernavaca, a noventa minutos de la Ciudad de México. También volaba regularmente a La Jolla y San Francisco para sumergirme en las aguas frías del Pacífico. Un año después, esto había dejado de ser una noción pasajera o un sueño lejano; era la realidad. En julio de 2015, abordé un avión a España, donde comenzaría mi misión de convertirme en la séptima persona en el mundo, el primer mexicano y el nadador más viejo en completar los Siete Mares.

Cada nado me enseñó algo vital: lecciones de riesgo, pasión, adaptación y perseverancia. Aprendí a manejar mis miedos

y mis dudas y descubrí cómo dejar ir. Sobre todo, aprendí lo pequeño que realmente soy, lo pequeños que somos todos.

Muchas veces, nuestros problemas y dificultades personales pueden parecer interminables. En realidad, sólo somos pequeñas manchas de conciencia que brillan efímeramente aquí en la Tierra, como bioluminiscencia pasajera en un mar infinito. Pero, mientras estemos aquí, ¿por qué no brillar lo más intensamente posible? ¿Por qué no arriesgarlo todo, despertar temprano y entrenar duro, desvivirse cada día en el trabajo, absorber todo lo que ofrece la vida? ¿Por qué no cruzar los océanos a brazadas?

Cada hora del día, en todo el mundo, los océanos se relajan y nutren a pecadores neuróticos como yo. Nos alimentan y sostienen toda la vida en el planeta. Absorben carbono de la atmósfera y, mediante la fotosíntesis de su fitoplancton, producen el oxígeno que nos mantiene vivos. Pero también engendran huracanes y tifones con una fuerza aterradora. Los océanos son poderosos, magníficos e impredecibles. Nos recuerdan lo frágiles que somos.

El mar, cualquier mar, es mi lugar favorito en la Tierra. Entro y salgo a su antojo.

Agradecimientos

La culminación de una travesía rara vez es producto de una sola persona. Quiero agradecer a todos aquellos sin cuyo apoyo no hubiera podido llegar a buen puerto.

A mi madre, por haberme inculcado la constancia y el amor por el trabajo bien hecho.

A mi padre, por darme los consejos que me han permitido navegar a través de las tormentas.

A Lucía, por siempre estar a mi lado y ser la tierra firme a la que siempre regreso.

A Ximena, David e Itzi, por acompañarme en mis sueños.

A mis hermanos Diego, Raúl y Arturo, por apoyarme y darme ánimo para dar lo mejor de mí y nunca rendirme.

A mis profesores, la señora Muñiz, Maricarmen Palacios, Miss Silins, Rusell Berman y Jaime Serra, que, con mucho esfuerzo y dedicación, lograron que algo aprendiera.

A Manuel Ángel Núñez, Enrique Escalante, Jaime Serra, Ernesto Zedillo y Miguel Limón, quienes más que jefes fueron mentores, me tuvieron paciencia y me dieron la oportunidad de crecer.

A Alejandro Martí, Daniel Servitje, Claudio X. González Laporte y Guillermo González Guajardo, por su generosidad y su fe en mis proyectos.

A mis entrenadores Gabriel Altamirano, Nelson Vargas, Dick Beaver, Don Jacklin, Jim Gaughron, Rodolfo Aznar, Nora Toledano, Rafael Álvarez, Ricardo Durón, Ricardo González y Héctor Chávez, por creer en mí a pesar de mis limitaciones.

A Quinton Nelson, Mark Hamilton, Mike Oram, Philip Rush, Jeff Kozlovich, Steve Haumschild, Michael Twigg-Smith, el capitán Mizushima, Dan Simonelli y Rafael Rodríguez, por haberme guiado a través de los Siete Mares.

A Karina López, Javier y Ramón Reverté, Fernando Gómez del Campo, Mara Garbuno y Chris Hill, por ayudarme a dar vida a esta historia.

A María Paula Martínez, Pablo Argüelles y Paulo Nunes dos Santos, por capturar con sus lentes los paisajes y las emociones de cada aventura.

A Hermes Ilarraza, Ariadna del Villar y Radamés Ortiz, por darme los cuidados médicos y de rehabilitación que permitieron a mi cuerpo seguir nadando.

A Steven Munatones, por dar vida a los Siete Mares.

A Adam Skolnick, por plasmar en papel los relatos en los que se basa esta historia.

A Franco Bavoni, por la excelente traducción y la incansable labor de cuidar el uso correcto de las palabras.

A Guillermina Velázquez, por siempre estar al pendiente de mí y sacarme de los enredos cotidianos.

A José Luis Peña, por su apoyo incondicional y las muestras de amistad que durante tantos años me ha dado.

Al mar, por siempre recibirme con los brazos abiertos.



EDITORIAL
REVERTÉ